

Heterogénea y ortodoxa: la izquierda suramericana del todo a las partes

Jorge Lazo-Cividanes*

Las recientes elecciones presidenciales y legislativas de octubre 2004 en Uruguay, ganadas por Tabaré Vázquez y la coalición Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría (EP-FA-NM), reafirman la tendencia electoral que ha teñido de rojo el mapa político del sur del continente. Con un triunfo indiscutido en primera vuelta (más de 50 por ciento de los votos) y la obtención de una clara mayoría parlamentaria (la primera en casi 40 años), Vázquez logró asimismo varios registros históricos, al convertirse en el primer presidente de izquierda de su país y quebrar la hegemonía que durante más de 150 años tuvieron los dos partidos tradicionales de Uruguay, el Partido Nacional (Blanco) y el Partido Colorado.

En el ámbito de la comunidad suramericana, la llegada al poder de Tabaré Vázquez se suma a las de Chávez (Venezuela), Lagos (Chile), Gutiérrez (Ecuador), Lula (Brasil), Kirchner (Argentina), y al crecimiento y progresiva influencia que han ganado en años recientes factores de izquierda en otros países de esta parte del continente (por ejemplo Bolivia, donde el dirigente campesino aymara Evo Morales se vio privado de alcanzar la primera magistratura al perder frente a Gonzalo Sánchez de Losada –posteriormente desfenestrado– una segunda vuelta dirimida en el parlamento¹). Esta contundente victoria de la izquierda en Uruguay es una oportunidad renovada para reflexionar sobre este giro a la izquierda de la política suramericana, fenómeno que –no obstante la perplejidad que aún

suscita– nos recuerda que la historia no se detiene y que la política no pocas veces experimenta movimientos pendulares que escapan a las previsiones de ciertas racionalizaciones teóricas².

Ahora bien, estos triunfos electorales de la izquierda en Suramérica, vistos en su conjunto, ¿son la expresión de una misma dinámica? ¿Hasta qué punto debemos introducir matices para referirnos a la experiencia de cada país como parte o expresión de un todo? Como fenómeno en sí, ¿qué representa? ¿Qué implicaciones tiene para el futuro de la política en el sur del continente? Estas son algunas de las preguntas claves que habría que formularse. Y si bien responderlas demanda una empresa investigativa mayor, este trabajo pretende dar algunas pistas que puedan ser una modesta contribución en el establecimiento de coordenadas con las cuales interpretar un mapa político de límites, por momentos, sinuosos.

De las convergencias a las divergencias

En general y con sus obvias excepciones, desde un punto de vista macro, los países de América del Sur han transitado –más o menos simultáneamente– procesos históricos similares. Ello, sin embargo, no debe desconocer las particularidades que han hecho –y hacen– de cada experiencia nacional una diferencia dentro del conjunto, omisión que en ocasiones ha supuesto enormes simplificaciones en perjuicio de una comprensión más adecuada de la

* Université de Montréal

¹ Si, como en este caso, ninguno de los dos candidatos que terminan al frente de la primera vuelta alcanzan la mayoría de los votos, la constitución boliviana establece que la escogencia del presidente se dirimirá en una segunda vuelta mediante el voto de los miembros electos del parlamento.

² Nos referimos a parte de la literatura en boga luego del colapso del socialismo en la Europa del Este y a la popularidad en ciencia política de algunas aproximaciones que, a partir de la Teoría de Elección Racional, subestiman, ignoran o profetizan la disminución o la desaparición de los conflictos ideológicos.



realidad latinoamericana. Así, por ejemplo, una exploración sumaria de las condiciones histórico-institucionales en las que se han producido estos triunfos electorales de la izquierda suramericana revela diferencias que han de tenerse en cuenta para la valoración de cada una de las experiencias, así como el rumbo eventual que puedan seguir.

Existen entre los siete países aquí nombrados distancias y matices respecto a un cierto número de variables que suelen ser consideradas importantes en el análisis politológico. En principio, para hablar de izquierda en términos comparativos hay que tener presente la fortaleza histórica que la misma ha tenido en cada país. Digamos, para representar un poco los extremos, que antes de la llegada de Chávez al poder, en Venezuela la izquierda tuvo una figuración electoral limitada y el sistema de partidos no mostraba, en lo ideológico, mayor polarización, mientras que en Chile la izquierda contó tradicionalmente con un tercio del electorado y representó una de las fuerzas fundamentales dentro de un sistema altamente polarizado³. En Uruguay y en el Brasil postautoritario, si bien la izquierda desempeñó tradicionalmente un papel secundario, en las últimas décadas el Frente Amplio de Tabaré Vázquez (FA) y el Partido de los Trabajadores de Lula (PT) vivieron un progresivo crecimiento de su participación electoral y conquistaron paulatinamente espacios dentro de instituciones de elección popular, tanto en el ámbito legislativo como en el ejecutivo⁴. Y las tradiciones y experiencias históricas y de gobierno modelan las posiciones y debates al interior de las organizaciones políticas, como bien lo expone Vicente Trevas, miembro del Directorio Nacional del PT:

experience in government makes the PT understand the programmatic rather than doctrinal implications of the commitments the party made at its foundation. When we assume a government, we are obliged to provide the practical implications of the objectives that we affirm in our party resolutions, or else contradict them. When we try to do this, we perceive that the content of these resolutions was often

³ Acerca del peso histórico de la izquierda en Chile y su importancia dentro del sistema de partidos chileno, ver Valenzuela, S. *The origins and transformations of the Chilean party system*. Working Paper # 215, 1995 Kellogg Institute.

⁴ Desde su fundación en los años 70 el FA ha disfrutado de una importante presencia parlamentaria y en años recientes gobernó la capital del país. Por su parte, además de las experiencias al frente de gobiernos municipales y estatales, en elecciones para la integración de la cámara baja federal el PT ha pasado de obtener 1,6 por ciento en 1982 a 17,7 por ciento en 2002, con cifras siempre ascendentes. Para detalles consultar Samuels, D. *From Socialism To Social Democracy Party Organization and the Transformation of the Workers' Party in Brazil*. Comparative Political Studies, Vol. 37 No. 9, November 2004 999-1024

formulated simplistically, failing to take into account the complexities involved⁵.

Por más que la izquierda haya obtenido triunfos muy claros en la mayoría de los casos, su peso electoral en el subcontinente varía de país a país. En Bolivia, Evo Morales obtuvo un escaso 20,94% de votos en una primera vuelta caracterizada por la fragmentación: sólo una diferencia de seis por ciento del total de los votos válidos separó al candidato ganador, Gonzalo Sánchez de Losada (22,46%), de quien arribó en cuarto lugar (16,31%). Como en el caso de Ecuador, se notó asimismo una cierta fractura territorial del voto, con Morales dominando los departamentos de mayor presencia indígena y Sánchez de Losada (Movimiento Nacionalista Revolucionario) los amazónicos y orientales. Sin fractura territorial ni fragmentación electoral, Ricardo Lagos en Chile obtenía una estrecha victoria en la segunda frente al candidato de la derecha, Joaquín Lavín, luego de haber perdido la primera.

En Uruguay y Venezuela, contrario a todo lo anterior, se produjeron "barridas" electorales, incluyendo la obtención de mayorías parlamentarias. Vázquez obtuvo su victoria directa en primera vuelta, con casi 20 puntos más que su rival inmediato, Jorge Larrañaga (Partido Nacional) y casi 40 del candidato del gobernante Partido Colorado, que llegó tercero. Por su parte, Chávez conquistó las elecciones presidenciales del 98 con más del 50 por ciento de los votos válidos y alcanzó una mayoría abrumadora en la Asamblea Nacional Constituyente que vino luego (si bien en medio de una gran dispersión de votos de sus oponentes y una enorme abstención, que no deja de crecer). Adicionalmente, luego de ganar hace poco un referéndum revocatorio en su contra (agosto 2004), en elecciones regionales inmediatamente posteriores su partido (junto a otras agrupaciones menores) obtuvo la casi totalidad de gobernaciones y la mayoría de alcaldías del país; ello no obstante a que se mantiene la fuerte polarización que divide políticamente este país, con alrededor de un 40 por ciento de los electores en la oposición⁶.

En el caso de las presidenciales argentinas de 2003, si sumamos los votos de los tres candidatos peronistas (Ménem, Kirchner y Rodríguez Saa, quienes representan tendencias internas diferentes), el Partido Justicialista (PJ) superó el 60% de los votos⁷. Pero además, en elecciones regionales y

⁵ Samuels, op., cit., p. 1016.

⁶ Para una ponderación del apoyo electoral a Hugo Chávez, ver Coppedge, M. *Venezuela: Popular Sovereignty Versus Liberal Democracy*. Working Paper # 294, 2002 Kellogg Institute.

⁷ Vale la pena recordar que el ganador de la primera vuelta fue el ex presidente Carlos Ménem, con alrededor de 24 por ciento de los votos, frente a Néstor Kirchner, que obtuvo 22. Seguramente desanimado por las previsiones que le daban un insuficiente 30

parlamentarias parciales posteriores, se confirmó la tendencia: el PJ ganó 16 de las 23 gobernaciones provinciales (incluyendo Buenos Aires) y obtuvo el control del Senado (55,5 por ciento) y de la cámara baja (57,9 por ciento), apoderándose del bloque parlamentario más numeroso de partido alguno en 20 años. Todo ello sin contar algunos diputados de centro-izquierda o peronistas disidentes próximos o simpatizantes del gobierno de Kirchner.

Del lado brasileño, en 2002 Lula estuvo cerca de obtener la presidencia directa en la primera vuelta con una clara victoria de 46 por ciento (61 por ciento en segunda vuelta) frente al candidato del gobernante Partido de la Social Democracia, José Serra, que obtuvo 23 por ciento. Ahora bien, no obstante que el PT representa actualmente el partido más importante en Brasil (posee una quinta parte de todos los votos sufragados, obtenidos de un modo relativamente homogéneo a lo largo del extenso territorio de ese país⁸), el mismo controla menos del 20 por ciento del parlamento. A esto último habría que añadir las dificultades de Lula para mantener el apoyo de un sector radical del PT, que le exige la adopción de políticas consonas con el programa tradicional del partido.

Por último, la victoria en dos vueltas de Lucio Gutiérrez (20 por ciento en la primera vuelta y 54 en la segunda) frente a Alvaro Noboa (17 por ciento en la primera vuelta y 45 en la segunda), en 2002, se produjo en medio de una enorme fragmentación: en la primera votación seis candidatos obtuvieron entre 11 y 20 por ciento de los votos y en el parlamento ningún partido obtuvo más del 25 por ciento de los asientos. De hecho, la representación parlamentaria de la coalición que apoyó a Gutiérrez (entre quienes se incluyen indígenas que ya en este momento se han distanciado del presidente ecuatoriano) alcanzó a penas el 21 por ciento del total de votos, viéndose superada por el histórico Partido Social Cristiano (24 por ciento).

La excepción chilena

Pero, en verdad, cualquier comparación de los países del área a partir del sistema de partidos debe comenzar por dar cuenta de una excepción: Chile, el último en haber salido de una dictadura. Contrariamente al resto, la vida política de este país está modelada en buena medida por la presencia de enclaves autoritarios en su estructura institucional.

Al respecto, vale la pena recordar que la constitución chilena, aprobada por el régimen de Augusto Pinochet en 1980, creó un sistema en el cual las decisiones de las autoridades civiles están en buena medida sujetas al tutelaje o veto militar y favorecen a los partidos de derecha, sobrerrepresentándolos en el parlamento mediante un sistema electoral "binominal"⁹.

El sistema de partidos chileno, en efecto, está hoy en día condicionado más por aspectos concernientes a la herencia de los años de la dictadura que por factores que solían moderar la competencia política en ese país. La propia "Concertación" (la coalición de la que forma parte el Partido Socialista gobernante y la democracia cristiana, entre otros) es en gran medida producto de este clivaje autoritarismo-democracia, sin mayores disensos sobre las políticas sociales y económicas, cuyas grandes directrices, por cierto, fueron heredadas de la dictadura y mantenidas durante los gobiernos de la alianza con ligeras modificaciones.

Coaliciones, gobernabilidad y crisis

Siguiendo con la comparación de nuestros casos, en medio de sistemas mayoritariamente multipartidistas, la conformación de coaliciones dentro de la carrera electoral es un hecho frecuente en la región, aunque con pesos e influencias distintas, tanto internas a la propia coalición como respecto al sistema como un todo. En algunos casos, como el chileno, la formación de coaliciones ha sido un elemento tradicional de la vida política, y ha existido en las mismas una cierta simetría entre las fuerzas principales que la componen. En otros casos, las coaliciones son más bien el producto de la suma de adhesiones en torno a una figura que tiene un peso muy superior a todos los otros integrantes del pacto. El caso más representativo sería aquí el de Hugo Chávez en Venezuela, aunque podría considerarse también el de Lucio Gutiérrez en Ecuador¹⁰.

por ciento para la segunda vuelta, Menem retiró su candidatura y, como lo prevee la ley, Kirchner se convirtió en presidente.

⁸ "Although many parties gain sizable percentages of label votes, the Workers' Party is the only large Brazilian party to exhibit a consistently high percentage of label votes across space and time, which confirms the street-knowledge perception that the PT is distinct from the mass of rent-a-parties that characterize Brazilian electoral politics in that it has a nationally recognizable party label" Samuels, op., cit., p. 513.

⁹ Teniendo por objeto reducir el número de partidos y sobrerrepresentar a los de derecha el gobierno militar optó por el llamado "sistema binominal" para todas las circunscripciones en elecciones para ambas cámaras del parlamento. Esto significa que cada circuito electoral provee dos asientos, de modo que cada agrupación política o coalición puede presentar dos nombres en una lista abierta a consideración de los electores. El candidato con más votos en la lista de partido ganadora obtiene el primer asiento mientras que el segundo asiento va al candidato con más votos de la lista que llega segunda. El partido o coalición ganadora, por tanto, sólo obtiene ambas plazas si dobla el total de votos recibidos por quien llega segundo, con las consecuencias sabidas.

¹⁰ Una vez fundado su agrupación política (el MVR), un buen número de otras organizaciones se unieron a la candidatura presidencial de Hugo Chávez (1998), constituyendo el llamado "Polo Patriótico". No obstante, es muy clara la enorme influencia personal de Hugo Chávez al momento de la toma de decisiones y el carácter notoriamente subordinado de las organizaciones que se mantienen en la coalición.

Entre estos dos extremos se ubican los de Brasil y Argentina, con coaliciones dominadas por un partido (el PJ en el primer caso y el PT en el segundo) y el de Bolivia, que se asemeja más al de un movimiento social aglutinado en torno a una figura que aparenta representar unos determinados intereses. Por último, el EP-FA-NM de Uruguay constituye una alianza más compleja, integrada por varias organizaciones políticas de dimensiones similares (con sus propias tendencias internas), que requiere de acuerdos permanentes que la hagan viable, ya no electoralmente, sino en la acción de gobierno.

Si miramos al interior de estas coaliciones y nos detenemos específicamente en los partidos políticos de los seis presidentes de izquierda suramericanos (y también en el caso del MAS en Bolivia) encontramos igualmente diferencias sustantivas. En el caso de Uruguay, un poco al margen, uno podría hablar de dos niveles: 1) el del Partido Socialista de Tabaré Vázquez, que es a su vez una agrupación que por más de 30 años hizo política dentro de una coalición, 2) y el del Frente Amplio, que luce o funciona más bien como un partido con fracciones a su interior.

Experiencia esta bastante distinta al resto, pero que no hace de estos últimos un conjunto homogéneo: mientras el MVR de Hugo Chávez en Venezuela constituye un modelo típico de partido carismático, el PT brasileño exhibe un alto grado de institucionalización y democracia interna¹¹, como también es el caso del PS chileno. Por su parte, el PJ en Argentina ha sido considerado frecuentemente como poco institucionalizado. Sin embargo, a pesar de su origen y fuerte tradición caudillista, hay que reconocer que el mismo ha logrado sobrevivir a cambios en el liderazgo, la desaparición física de Perón y la caída y restablecimiento de la democracia argentina, por lo que parece sensato diferenciarlo de partidos como el MVR (Venezuela), la Sociedad Patriótica (Ecuador) y el MAS (Bolivia).

Estas diferencias aparecen asimismo reflejadas al considerar la trayectoria histórica o el tiempo de existencia de cada partido. Podríamos separarlos así en tres grupos: aquéllos fundados antes de los quiebres institucionales de sus respectivas democracias (PS chileno en 1933, PJ en Argentina en 1945, y podría también ser el caso del Frente Amplio, fundado a comienzos de la década del 70), los fundados al momento de la reinstucionalización (PT brasileño en 1980) y los

fundados más recientemente, como el MVR, la SP y MAS.

Así como la naturaleza de la coalición y el nivel de institucionalidad de los partidos representan factores fundamentales para comprender la inserción de la izquierda en el juego democrático suramericano, no lo es menos el origen político de las figuras que encarnan estos liderazgos. Su examen nos permite establecer dos tipos básicos de liderazgo: los casos de Venezuela (Chávez), Ecuador (Gutiérrez) y Bolivia (Morales) representan un liderazgo de tipo outsider¹² y los de Argentina (Kirchner), Brasil (Lula), Chile (Lagos) y Uruguay (Vázquez) más bien uno de tipo institucional, construido a partir de una trayectoria política de militancia prolongada dentro de un partido político.

Pero quizás valga la pena profundizar un poco más el punto. El tipo de liderazgo tiene mucho que ver, desde luego, con las trayectorias individuales, las cuales, en los casos que nos ocupan, muestran diferencias y matices que han de ser tenidos en cuenta en cualquier análisis del fenómeno. Si hablamos de Kirchner, Lagos y Vázquez, nos referimos a políticos con una dilatada carrera, tanto dentro de las organizaciones políticas a las que pertenecen como en diferentes cargos públicos: Kirchner fue tres veces gobernador electo de la provincia de Santa Cruz y desempeñó diversos cargos directivos dentro del PJ; Lagos, además de sus experiencias dentro del mundo académico y como funcionario internacional (ONU), fue ministro de Educación en el gobierno de Patricio Aylwin y de Obras Públicas en el de Frei Ruiz-Tagle (ambos demócrata-cristianos); Tabaré Vázquez, por su parte, ha sido presidente del FA e Intendente de Montevideo (la capital uruguaya, donde vive la mitad de la población del país).

También con experiencia política previa (aunque no al frente de ministerios o administraciones estatales ni municipales), Lula y Morales comparten su filiación a movimientos sociales que luchan por la reivindicación de intereses sindicales (especialmente el primero) y campesino y étnicos (el segundo¹³). Por último, en el caso de Chávez y Gutiérrez nos encontramos con dos oficiales del Ejército dados de baja por su participación en intentos de golpe de Estado: Chávez liderando una insurrección militar en 1992 contra el entonces presidente constitucional del

¹¹ Mediante una reforma de estatutos en el año 2000 se introdujo la elección directa de los miembros del Directorio Nacional y del presidente del partido, además de limitar el número de veces que un miembro puede desempeñar cargos internos.

¹² Por "outsider" queremos significar su no adscripción a la clase política tradicional. Por otra parte, tanto Chávez como Gutiérrez y Morales poseen un discurso en el que pueden fácilmente identificarse elementos "antisistema", que en ocasiones rechazan las formas institucionales de la democracia liberal representativa.

¹³ Lula, como se sabe, ha sido tres veces candidato presidencial del PT, además de miembro fundador y su presidente.

país, Carlos Andrés Pérez, y Gutiérrez participando de un movimiento de oficiales y líderes indígenas contra el gobierno de Jamil Mahuad en 2000. Ambos, evidentemente, sin experiencia previa en el quehacer político-partidista ni en cargos públicos de elección popular.

Estas diferencias en los tipos de liderazgo y en las trayectorias individuales tienen, desde luego, implicaciones y consecuencias sustantivas en la vida institucional de cada uno de los países que aquí nos ocupan. En ese sentido, no debería sorprendernos el hecho de que discursos antisistema y liderazgos de tipo "outsider" se encuentren presentes en países que vienen confrontando problemas mayores de gobernabilidad, los que no parecen, por cierto, próximos a finalizar.

La gobernabilidad es uno de los grandes desafíos de la política actual en América Latina, una parte del continente azotada por la pobreza, la impunidad y las grandes desigualdades, amenazada por la debilidad de sus instituciones formales y la vulnerabilidad de sus economías. Dentro de nuestro conjunto, Uruguay y Chile exhiben claramente mayores niveles de gobernabilidad que el resto, donde cabría también un matiz: si bien Brasil y Argentina han experimentado grandes tensiones que han desembocado incluso en juicios y dimisiones presidenciales, los casos de Ecuador, Bolivia y Venezuela (juicios y dimisiones presidenciales incluidos) lucen los más complicados e inestables.

A una ya delicada y comprometida situación económica e institucional, Ecuador y Bolivia añaden la existencia de conflictos étnicos: en ambos países segmentos de la población de origen indígena reclaman una reconfiguración de la ciudadanía sobre bases étnicas, lingüísticas o culturales¹⁴. Venezuela, sin base poblacional para conflictos étnicos mayores¹⁵, viene experimentando sin embargo crisis institucionales recurrentes desde comienzo de los años noventa, que han involucrado la interrupción de mandatos presidenciales, cambios constitucionales mayores, huelgas o paralizaciones nacionales y la ruptura de

la tradicional subordinación del estamento militar al poder civil.

Respecto a la gobernabilidad no debe olvidárenos tampoco que la democracia no parece ser percibida por los ciudadanos latinoamericanos como un bien político en sí misma, con posiciones ambiguas respecto a la dicotomía autoritarismo/democracia. En América Latina el promedio de apoyo a la democracia en la última década es de 57.5 por ciento y la satisfacción es muy baja (menos de 30 por ciento entre los países considerados, salvo Uruguay). Los partidos son los grandes villanos de la política latinoamericana y su valoración, ya pobre, muestra una tendencia a la baja en la última década (hablamos de niveles de confianza inferiores al 20 por ciento¹⁶).

Los partidos sobreviven como pueden, a pesar de todo resisten: no obstante el desprecio que parecen provocar, Venezuela es el único de los países suramericanos gobernado por la izquierda donde el sistema de partidos colapsó. Pero para ser justos hay que señalar que la situación del sistema de partidos en países como Bolivia y Ecuador parece mucho más frágil que en Brasil, Chile y Uruguay (con todo y que en estos tres casos la llegada de la izquierda al poder rompió la hegemonía o monopolio de las fuerzas políticas tradicionales). Obviamente un sistema de partidos más sólido y estructurado se encuentra en mejor condición de enfrentar situaciones de crisis, que en esta parte del continente suelen aguardar a la vuelta de la esquina.

Una tarea pendiente

El nuestro, siendo un análisis insuficiente, parece útil sin embargo para matizar algunas visiones que se tiene sobre el avance de la izquierda en el sur del continente como fenómeno electoral y político. Sin la exhaustividad que su complejidad demanda y a partir de algunas variables histórico-institucionales, aquí hemos registrado diferencias sustanciales que parecen indicar que, desde la perspectiva del sistema de partidos, es bastante difícil establecer coordenadas que prefiguren el avance de la izquierda en Suramérica en términos de una sola dinámica continental. De allí que, a la hora de intentar comprender y explicar esta marea roja en las costas del sur, se deban explorar otras aproximaciones. Las dificultades no deben suponer el desaliento ni la negación: como fenómeno, la izquierda sigue allí, ganando elecciones.

Ante trayectorias, pesos electorales, orígenes políticos, formas de liderazgo y estructuras de alianzas diversas, probablemente convenga más intentar concebir la izquierda latinoamericana a

¹⁴ Como apunta Yashar, los movimientos indígenas de Ecuador y Bolivia han modelado el debate político en temas como educación multicultural, reforma agraria y autonomía de territorios. En ese sentido, la etnicidad en estos países se ha convertido en un punto referencial para el análisis de la acción y filiación política, en ocasiones mucho más importante que aspectos de relativos a luchas materiales de clases. Yashar, D. *Indigenous Politics And Democracy Contesting Citizenship in Latin America*. Working Paper # 238, 1997. Kellogg Institute.

¹⁵ Mientras en los casos de Bolivia y Ecuador los porcentajes de población indígena respecto al total de la población superan el 50 y el 30 por ciento, respectivamente, en el caso de Venezuela tales porcentajes no superan el 1 por ciento.

¹⁶ Ver Latinobarómetro 2003.

partir de otras perspectivas. No siendo el producto aislado de determinadas condiciones institucionales ni históricas, sorprendiendo las más de las veces por su prudencia y ortodoxia en el manejo de la economía, podríamos tal vez pensar en esta izquierda como un conjunto heterogéneo de fuerzas portador de un cierto discurso (ideología) que para muchos electores del continente es reivindicativo o representa una alternativa frente al fracaso -real o supuesto- del neoliberalismo y la globalización¹⁷. Gobernar es otra cosa, pero tal vez así se ganan hoy en día elecciones en América Latina. Intentar saberlo con mediana certeza requiere evidentemente de una reflexión mayor.

¹⁷ Entendiendo por tales las políticas macroeconómicas de ajuste que se popularizaron en el continente en las décadas del 80 y 90 y el modelo de inserción de las economías latinoamericanas en el mercado internacional. Para una revisión de los resultados y efectos de estas políticas, puede consultarse: Lora, E. y Panizza, U. *Un escrutinio a las reformas estructurales en América Latina*. Documento de trabajo # 471, 2002. Banco Interamericano de Desarrollo.